

En medio del Océano, el pájaro fatigado que descansa una noche sobre el mástil de un navío, arrastrado lejos de su camino por aquel movable abrigo, lo encuentra, sin embargo, sin trabajo. Queda en tan perfecta relacion con el globo, y tan bien orientado, que á la mañana siguiente toma sin vacilar el vuelo: la mas corta consulta consigo mismo le basta. Elige sobre el inmenso abismo, uniforme y sin otro camino que el surco del navío, la línea precisa que le lleva donde quiere ir. Allí no es como en la tierra: ninguna observacion local, ningun punto de señal, ningun-

Malamente se ha creído que estas emigraciones se hacen en su estacion sin elegir día fijo, en épocas indeterminadas. Nosotros hemos podido observar, al contrario, la sencilla y lúcida decision que á ella preside, para hacerla ni una hora mas pronto, ni una hora mas tarde.

Cuando nos hallábamos en Aranjuez en octubre de 1851, siendo todavía muy buena la estacion, numerosos los insectos y el alimento de las golondrinas fácil y abundante, tuvimos la feliz casualidad de ver la sabia república reunirse en una inmensa y ruidosa asamblea, y deliberar so-



Por tres años consecutivos tuve el gusto de volverla á ver en medio de mis amigos y de una multitud del pueblo...

na guía: las corrientes del aire en relacion con las del agua, tal vez tambien invisibles corrientes magnéticas, dirigen á este atrevido viajero.

¡Estraña ciencia! No solamente la golondrina sabe en Europa que el insecto que le falta aqui le aguarda en otra parte, y lo busca viajando en longitud, sino en latitud misma y bajo los mismos climas. La oropéndola de los Estados Unidos sabe que la cereza está madura en España, y parte sin titubear para venir á recoger la cosecha de nuestros frutos.

SEGUNDA SERIE.—1856

bre el techo de una iglesia, Nuestra Señora de Alpajes, que domina el Tajo. ¿Por qué se reunieron aquél día y aquella hora, y no en otra?

Lo ignorábamos: muy pronto pudimos comprenderlo.

Hermoso estaba el cielo aquella mañana; pero con un viento que soplaba del Guadarrama. Los corpulentos árboles de Aranjuez se lamentaban, y de los cedros conmovidos por el aire salía una vaga y profunda voz. Las frutas caían en tierra. Poco á poco se encapotó el tiempo, se oscureció el cielo, cayó el viento, todo quedó silencioso. Enton-

AÑO XIV. 18.



ces, hacia las cuatro de la tarde, á un mismo tiempo de todos los puntos, del bosque, del Tajo, de la ciudad y de los jardines, infinitas legiones oscurecian el sol. Vinieron á condensarse sobre la iglesia, con mil voces, mil gritos, debates y discusiones. Sin saber aquella lengua, adivinábamos muy bien que no se hallaban de acuerdo. Tal vez las jóvenes golondrinas, retenidas por aquel tibio soplo del otoño, hubieran querido quedarse todavía; pero las prudentes, las experimentadas, las viageras ejercitadas, insistían por la marcha.

Prevalció su dictamen: la masa negra, moviéndose á la vez como una inmensa nube, voló hacia el Sudeste, probablemente hacia la Andalucía. No se hallaban mas que unas cincuenta leguas (una hora de vuelo), cuando todas las cataratas del cielo se abrieron para abrumar la tierra. Parecía aquello un diluvio. Retirados á nuestra casa, cuyas vidrieras temblaban azotadas por un furioso vendabal, admirábamos la sabiduría y prudencia de aquellos adivinos alados que tan discretamente habían adelantado la época de su marcha anual.

Evidentemente no era el hambre la que las había arrojado de allí. En presencia de una naturaleza bella y rica todavía como la ostentaban los campos de Aranjuez, habían sentido, aprovechando la hora precisa sin adelantarla, que al día siguiente hubiera sido tarde. Todos los insectos destruidos por aquella inmensidad de lluvia, no los hubieran podido encontrar, todos los que quedaron vivos se habían refugiado en la tierra.

Ademas no es el hambre solo, la prevision del hambre, lo que decide á las emigraciones á las especies viageras. Si los que viven de insectos se ven obligados á marchar, los que se mantienen de frutos silvestres podían permanecer en rigor. ¿Qué les impele? ¿Qué los echa? ¿Es el frio? la mayor parte resistirían á él. A estas causas especiales, es preciso añadir otra mas general y mas alta: la necesidad de la luz.

Asi como la planta sigue invenciblemente al día y el sol, asi como el molusco se cria y vive con preferencia en las regiones mas iluminadas, el pájaro, cuyo ojo es tan sensible, se entristece en los días cortos y con las nieblas del otoño. Esta disminucion de luz que á nosotros nos gusta por causas morales, es para él la tristeza, la muerte.... «¡Luz! ¡No hay luz!... ¡Antes morir que no ver el día!» Este es el verdadero sentido del último canto de otoño, del último grito al marcharse en octubre. ¡Yo lo oía en sus despedidas!

Resolucion verdaderamente atrevida y animosa cuando se piensa en el camino inmenso que necesitan hacer dos veces al año, por encima de los montes, de los mares y los desiertos, bajo tan diferentes climas, con vientos variables, á través de tantos peligros y trágicas aventuras.

Para los veleros ligeros, atrevidos vencejos; para la viva golondrina que desafía al halcón, la empresa es tal vez fácil; pero las otras tribus no tienen en manera alguna estas fuerzas ni estas alas. La mayor parte se hallan pesadas entonces por un abundante alimento: han atravesado la ardiente estacion del estío, el amor y la maternidad: la hembra ha terminado el gran trabajo de la naturaleza, ha puesto sus huevos, ha criado sus polluelos, ha construido sus nidos: el macho ha consumido sus fuerzas cantando. Estos dos esposos han agotado la vida, una virtud

ha salido de ellos, los separa ya de su energía de primavera.

Muchos podrian quedarse: un aguijon los estimula. Los mas pesados son los mas ardientes. La codorniz pasará el Mediterráneo, atravesará el Atlas por encima del Zaarah, se sumergirá en los reinos negros; los pasará todavía; en fin, se estacionará en el Cabo, porque allí comienza el infinito mar austral, que no le promete mas abrigo que los hielos del polo, y un invierno mas cruel que el que la destierra de Europa.

¿Quién las tranquiliza y da fuerzas para tales empresas? Unas se confían en sus armas, las mas débiles en su número, las debiles sin defensa se abandonan á la suerte. La paloma se dice: sobre diez mil ó cien mil el asesino no cogerá mas que diez... y sin duda yo no seré una de ellas. Escoge su tiempo: la nube volante pasa por la noche: si hay luna, á su pálida luz las alas blancas se destacan poco: escapan confundidas en el pálido rayo. La valiente alondra se fia tambien en el número: camina de día, ó mas bien va errante de provincia en provincia, diezmada, perseguida, pero sin dejar por eso de cantar.

¿Pero el que no tiene ni el número ni la fuerza, el solitario, qué hará?... ¿Qué harás tú, pobre ruiseñor aislado, que debes como los demas, pero sin apoyo, sin camarada, acometer la grande aventura? ¿Tú qué eres? Una voz. Ningun poder hay en tí, sino el de denunciarte y descubrirte. En tu oscuro plumage debes pasar mudo, confundido con las tintas del bosque, descoloridas por el otoño. ¡Pero qué! la hoja todavía está encarnada, y no tiene la sorda oscuridad y muerte del invierno.

¿No te quedas? ¿no imitas la timidez de tantos pájaros que no van mas que á Valencia ó Andalucía? Allí tras una roca encontrarias, te lo aseguro, un invierno de Asia ó de Africa. Las gargantas de Sierra Morena ó del Segura valen tanto como los valles de la Siria.

No, me es preciso marchar. Otros pueden quedarse: estos no tienen que hacer nada en Oriente. Yo, mi cuna me llama: necesito volver á ver aquel cielo deslumbrador, aquellas ruinas luminosas y engalanadas donde cantaron mis abuelos; necesito descansar sobre mi primer amor, sobre la rosa de Asia; bañarme en el sol... Allí está el misterio de mi vida: allí la llama fecunda donde renacerá mi canto: mi voz, mi musa es la luz.

Se marcha; pero yo creo que el corazón debe palparle para acercarse á los Pirineos, cuando sus nevadas cimas anuncian la temible puerta donde posan sobre sus rocas los crueles hijos del día y de la noche, el buitre, el águila, todos los bandidos con garras y retorcidos picos, sedientos de sangre caliente, especies malditas que son la estúpida poesia del hombre, los unos, *nobles* bandidos, que sangran, pronto chupan, otros bandidos *innobles* que ahogan, sofocan, destruyen, todas las formas, en fin, del asesinato y de la muerte, me figuro entonces el pobre músico, cuya voz se ha apagado, no el *Ingegn* ni el puro pensamiento, no teniendo nadie con quien consultar, se para á la entrada para evitar las redes que le esperan en aquellos desfiladeros. Dicese á sí mismo: si paso de día allí están todos; saben la estacion: el águila cae sobre mí, soy muerto. Si paso de noche el buho, el ejército de horribles fantasmas, cuyos ojos crecen y ven mas claro en las tinieblas, me coge, me lleva á sus polluelos para que me coman.



Ay! ¿qué haré? Trataré de evitar la noche y el día. Cuando las sombrías horas de la mañana, el frío rocío, empapa y entumece el ala del ave de rapiña, que no sabe edificar un nido, paso sin ser visto!... y aun cuando me vea, habré pasado antes de que pueda poner en movimiento el pesado aparato de sus mojadas alas.

Bien calculado, sin embargo, veinte contratiempos sobrevienen. Puesto en marcha en mitad de la noche, puede encontrar en aquellas gargantas de frente el viento de Este, que encerrado en ellas, retarda su vuelo y quebranta su esfuerzo y sus alas...

¡Dios! ya es de día... aquellos peñascos gigantes vestidos ya en octubre con blancas capas, dejan ver sobre su nieve inmensa un punto negro que vuela casi arrastrándose. ¡Cuán lúgubres son ya aquellas montañas, y de cuán mal agüero bajo aquella grande mortaja de blancos pliegues!... Por inmóviles que sean sus picos, crean debajo y en torno de ellos una agitación eterna de violentas corrientes encontradas que chocan entre sí, tan furiosas á veces, que es preciso aguardarse. Si paso mas bajo, los torrentes que braman en la sombra con un estrépito de cascadas, me arrastrarán. Y si me remonto á las altas y frías regiones que se iluminan, me entrego yo mismo: la culebra me fascinará y paralizará mis alas.

Un esfuerzo le ha salvado: con la cabeza baja se sumerge, salva los Pirineos, atraviesa parte de la Francia, vence los Alpes y cae en la Italia. En Susa ó hácia Turin descansa, afirma sus alas. Se encuentra en el fondo de la gigantesca costa lombarda, aquel gran nido de frutas y de flores, donde se oyeron los cantares de Virgilio. La tierra no ha cambiado: hoy como entonces, el italiano desterrado en su patria, triste labrador del campo de otro, el *durus arator*, persigue al ruiseñor. Comedor de insectos tan útil, es proscripto como un comedor de granos. Que pase, pues, si puede, el Adriático; de isla en isla, á pesar de los alados corsarios, que velan sobre los menores escollos, llegará tal vez á la tierra sagrada de los pájaros, al bueno, hospitalario y abundante Egipto, donde todos son protegidos, alimentados, bendecidos y bien recibidos.

Tierra mas feliz todavía si en su ciega hospitalidad no amparase á los asesinos. Ruiseñores y tortolillas, son acogidas, es verdad; pero no lo son menos bien las águilas. Sobre aquellas terrazas de sultanes, sobre aquellos balco-

nes de minaretes, ¡ah! ¡pobre viagero! veo ojos brillantes, terribles que se vuelven á este lado... ¡y veo que ya te han visto!

No permanezcas ahí largo tiempo, la buena estación no durará. El viento destructor del desierto va á soplar de muerte, secar, hacer desaparecer tu débil alimento. Ni una mosca habrá pronto para alimentar tu ala y sostener tu voz. Recuerda el viejo nido que has dejado en nuestros bosques y en nuestros jardines; tus amores de Europa. El cielo era mas sombrío; pero allí te formaste un cielo. El amor estaba en torno de ti: todos vibraban al oírte: el alma pura palpitaba por ti... este es el verdadero sol, el mas bello oriente. La verdadera luz es estar donde á uno le aman.

Las aves que emigran de Europa al Africa y al Asia, vuelven con el buen tiempo. ¡Cuán admirable es el instinto de estos animales que se esparcen y derraman por todas las naciones de Europa! Ninguna de ellas cambia de nación; todas vuelven á saludar el pueblo en que han nacido. Y así como la humanidad se ha dividido en diferentes pueblos y naciones, así las aves de paso constituyen naciones separadas. Yo he tenido la curiosidad de coger una golondrina y suspender á su cuello un ligerísimo pergamino en donde escribí la fecha del día en que la tuve en mi mano, después la puse en libertad, y por tres años consecutivos tuve el gusto de volverla á ver en medio de mis amigos y de una multitud del pueblo de Valdemoro donde hice la experiencia. ¡Cuántos miles de leguas habria andado aquel débil viagero, cuántos peligros habria arrojado!...

Al cuarto año en vano la esperé. Sus compañeras habian vuelto con las tibias brisas de la primavera; la golondrina que todos los años saludaba no volvió mas... la habria arrebatado algun ave de rapiña, ó habria perecido al atravesar los mares, ó algun bárbaro cazador la habria traspasado con el mortífero plomo... solo Dios lo sabe! Me entristecí al ver que no habia vuelto aquella primavera mi querida golondrina. ¡Quién sabe si la primavera próxima habré tambien desaparecido de la tierra para no volver mas como este desgraciado pajarillo!

He visto este año en menos de seis meses abrirse cuatro veces el sepulcro de mi familia!!!!...

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### LA PUERTA DE SAN LORENZO EN ROMA.

Vamos á referir un suceso de la edad media. Las historias de la edad media son para nosotros un objeto de preferencia.

Nicolás Rienzo, el tribuno moderno del Capitolio, acababa de destruir la feudalidad romana. Todas aquellas aves de rapiña, como las llamaba Petrarca, huían delante de la paloma pintada sobre los estandartes del hijo del tabernero de la Regola. Confiado y demasiado sencillo, así como

todos los advenedizos populares, Rienzo creía á los barones sometidos en el momento mismo en que se aprestaban á defenderse. La noche del 20 de noviembre de 1347, los Colonna, gefes de la nobleza romana, llegaban de Palestrina con seis mil de sus amigos y vasallos. Hicieron alto al pie del monumento sepulcral que hay á la izquierda del puente Mole. Hácia la media noche el pequeño ejército se puso en marcha, y vino á acampar en una plaza alrededor de la basilica de San Lorenzo. Hacia un tiempo horroroso: algunos barones, viendo á sus hombres helados por el frío y la lluvia, propusieron volverse atrás: los Colonnas eran de contrario parecer: entraron en la iglesia para celebrar consejo.



Allí estaban Stéfano Colonna y Gianni, su hijo: Pietro y Agapito Colonna, antiguo senador, su primo: los prefectos de Vico, padre é hijo, hombres de bronce y de sangre noble: Giordano Orsini de Marino, un tigre feudal: dos barones de Viterbo, y muchos castellanos de Toscanella, Rispanpano y Rocca Vecchia. Encendiéronse las luces: los barones feudales se colocaron en círculo, y Stéfano Colonna preguntó al viejo Agapito, cuyo cráneo desnudo brillaba como un globo de marfil al resplandor de los cirios, cuál era su opinion.

estará tomado el Capitolio, y el villano que nos insulta ahorcado como Martín de Puerto.

—Escuchad, dijo Agapito con voz ronca: yo me he adormitado en el puente Mole, y mi muger, muerta hace veinte años, se me ha aparecido en sueños.

Por un movimiento instintivo, todos se agruparon alrededor del anciano con el mas gran silencio.

—¡Estaba vestida de negro, continuó, y parecia hecha un mar de lágrimas!...

—Mal presagio, en efecto, para vos, murmuró Stéfano.



Retrocede al aspecto del cadáver desnudo y ensangrentado en medio del barro.

—Ensillar nuestros caballos, respondió el anciano, y volvernos inmediatamente á nuestras tierras despues que hayamos hecho una oracion en el sepulcro de San Lorenzo.

Un murmullo de reprobacion acogió este discurso, y Stéfano se apresuró á responder:

—¡Marcharnos! Cuando los amigos nos aguardan allá abajo para entregarnos la puerta: cuando seis mil *cavalleriotti* se arman á esta hora; cuando dentro tal vez de una hora,

—Para tí tambien, primo, y para los demas, añadió el anciano, paseando sobre los barones su mirada fija que les helaba el corazon. Mi dama de luto me ha mostrado á muchos de vosotros...

—No importa! exclamó el feroz Giordano Orsini, que hubiera desafiado al infierno mismo: ¡adelante! ¡No se dirá que un sueño ha turbado nuestras almas y hecho retroceder á los barones! He comenzado la danza ayer, y he arro-



iado mi guante á la frente de Roma, haciendo quemar viva á una miserable vieja de Transtevere, que osaba amenazarme con la cólera del tribuno. Aunque ella misma viniese á cerrarme el paso, os gritaría: ¡adelante!

A estas palabras el canto de los muertos se alzó lentamente del fondo de la basílica, y la llenó bien pronto toda con su lúgubre melodía. Un frío corrió por las venas de los mas valientes. Giordano solo, que no temblaba nunca, sacó su espada, pero se le cayó de las manos al espectáculo que se le presentaba á su vista.

Por la puerta de la capilla subterránea desembocaba con lento paso una procesion de monges vestidos de negro, entonando el *Dies iræ Dies illa*: dieron vuelta á la tribuna, bajaron á la iglesia, y deteniéndose en medio de la gran nave, depositaron allí un féretro á dos pasos de los barones.

Escuchaban estos silenciosos y aterrados. Despues de las fúnebres oraciones, un monge de quien se oían los sollozos, se aproximó á Giordano Orsini, y le llevó sin hablar palabra cerca del féretro. Despues, levantando de pronto el paño mortuorio, le enseñó al resplandor de los cirios un cadáver calcinado, y que era imposible reconocer.

—No conozco este muerto, dijo tartamudeando el tirano de Marino.

—Es tu víctima de ayer, le dijo el monge; es mi madre que te aguarda dentro de una hora ante el tribunal de Dios. . . . .

Todos los cirios se apagaron al decir estas palabras; desaparecieron los religiosos, y Giordano Orsini se encontró solo cerca del cadáver, porque los barones se habian precipitado á salir fuera de la iglesia. Al buscar su espada sobre el pavimento, tocó mas de una vez aquellos mutilados restos; pero como tenia un alma de hierro, su primer grito al salir de la basílica, fué todavía ¡adelante!. . . . .

Nadie le respondió: la supersticion y el terror habian atravesado las corazas de los mas intrépidos. Un niño le tranquilizó, Gianni Colonna, que aun no habia cumplido los diez y seis años, y que unia al varonil valor la belleza de una linda doncella; Gianni, á quien sus rubios cabellos, sus graciosas facciones y sus negros ojos habian hecho apellidar el ángel de los Colonnas; Gianni, cuando todos vacilaban, osó repetir con la alegre indiferencia de su edad, el grito del señor de Marino. En vano el anciano Agapito, meneando la cabeza, le dijo bajo que le siguiese, que la muerte de su sueño le habia señalado con el dedo: se rió alto de los temores de los barones. Avergonzados estos de haberse mostrado mas débiles que un niño, continuaron su consejo en tumulto, y se determinaron por el ataque.

En su consecuencia, un poco antes del alba, Stéfano monta á caballo con Giordano Orsini y sus romanos, y se dirige sin ruido hácia la puerta de San Lorenzo. Desgraciadamente para él y para su causa, llegaba allí demasiado tarde.

El hijo de la muerte de Marino se habia ido de la iglesia, habia avisado, y por este aviso se habia mudado los guardas de la puerta. Asi cuando Stéfano, despues de haber llamado con precaucion pronunció las palabras convenidas.

—Abrid, soy un ciudadano de Roma, un amigo del buen estado que vuelve á su casa, el capitan Pablo Buffa que reemplazaba al traidor, gritó de repente al través de la puerta: el que tú creias encontrar aqui no está de guardia, retírate.

Y para demostrarle la inutilidad de toda insistencia le echó por encima de las murallas las llaves de la puerta cuya cerradura estaba por dentro. El viejo Agapito Colonna y Giordano Stéfano emboscados á alguna distancia lo habian oido todo. Cuando Stéfano se les reunió celebraron consejo de nuevo, y adoptaron un partido que obtuvo todos los votos porque unia la prudencia al atrevimiento. A fin de desafiar á los romanos, volviéndoles, sin embargo, la espalda, se decidió que desfilaría por delante de la puerta de San Lázaro á son de trompetas.

El ejército feudal se divide inmediatamente en tres cuerpos, y la retirada se hizo en buen orden. Ya las dos primeras batallas, como se decia en la edad media, habian pasado triunfalmente al ruido de los clarines. La tercera, compuesta de un grueso de caballería escogida venia tranquilamente llevando por batidores á una distancia de doscientos pasos, ocho campeones (*Feditori*) mandados por Gianni Colonna. Comenzaba el día á amanecer. Los romanos se indignan al son de las trompetas y quieren cargar al enemigo. No encontrando las llaves de la puerta se esfuerzan en derribarlas á golpes repetidos de martillo y de hacha.

Al estruendo y al tumultuoso rumor que se oían en la ciudad el joven Colonna se para. Su primera idea fué que los cómplices de los barones forzaban la puerta: no le quedó duda alguna al ver la hoja derecha de la puerta abrirse de repente. En esta ilusion enristrando la lanza mete espuelas á su caballo, y pasa el dintel de un salto, seguido solo de un caballero alemán.

La aparicion de este niño detrás del cual creían ver venir todas las bandas señoriales, turbó de tal modo á los romanos que echaron á huir en el mayor desorden. Soldados y gefes, caballeros y ginetes solo trataban de ponerse en seguridad. Los que llevaban las banderas del tribuno las arrojaron á tierra para correr mejor. El mismo Rienzo, desesperando de su salvacion y levantando los ojos al cielo exclamaba: ¡Oh Dios! ¿me has abandonado?... Los mas atrevidos no volvieron la cabeza sino cuando se hallaban á medio tiro. Juzgad de su sorpresa al ver que huían delante de un niño. Gianni Colonna se hallaba solo con el caballero tudesco; nadie le habia seguido.

Furiosos contra ellos mismos por aquel pánico terror, se revuelven todos sobre el imprudente joven, á quien para colmo de desgracia su caballo acababa de derribar en un lodazal á la izquierda de la puerta. El desgraciado les suplicaba llorando que le dejaran sus armas. No le dejaron ni aun la vida. Un minuto despues aquel hermoso Gianni, el amor y el orgullo de su madre, la esperanza de la mas altiva raza de la Italia, yacia desnudo, ensangrentado en medio del barro. Entretanto Stéfano no viendo ya á su hijo, preguntaba por él con ansiedad: no atreviéndose nadie á decirle nada, lanza su caballo hasta debajo de la puerta; retrocede en el camino loco de dolor al aspecto del cadáver, y traspasado por un irresistible impulso del amor paternal cae agobiado por una piedra de las murallas al lado de su hijo. Acalorados con esta primera venganza los romanos salen en masa de la ciudad, y se arrojan como furiosos en el flanco de la columna que acaba de desfilar. Todos cuantos pudieron alcanzar fueron pasados á cuchillo. El combate, mas bien la carnicería, duró tres horas.



Y el anciano Agapito Colonna ¿qué fué de él con Giordano Orsini? La dama enlutada del sueño y el monge decían la verdad, oímos que nos preguntan nuestras lindas lectoras.

Nosotros se lo contaremos si quieren seguirnos á Santa María la Mayor, esa célebre iglesia de Roma donde tuvo desenlace esta última escena del drama feudal.

Cuatro días después del combate de la puerta de San Lorenzo, el tirano Nicolás Rienzo vino á aquella iglesia á dar gracias á la Virgen por su victoria. Se hallaba á caballo y seguido de todo el clero. Concluidas las oraciones, Nicolás llevó la procesion al sitio donde habia caído el desgraciado Gianni. Allí el tabernero de la Régola, á quien el orgullo volvía ya loco, metió la mano en aquel barro ensangrentado todavía, y cubriendo la frente de su joven hijo Lorenzo, lo creó pomposamente caballero de la victoria. En tanto que se ejecutaba esta ridícula y aun impía parodia en la puerta de San Lorenzo, las señoras de Colonna vestidas de luto y con los cabellos sueltos ocultaban en las bóvedas de San Silvestre in Capite los cadáveres de Gianni, de Stéfano, de Agapito: y el monge negro de San Lorenzo enviaba á Marino el cuerpo del feroz baron que habia hecho quemar á su madre.

### LOS CINCO ACTOS DEL DRAMA DE LA VIDA.

Es el drama de la vida  
A los dramas semejante,  
Que en las tablas del teatro  
Representan los farsantes.

No hay en el drama reposo  
Hasta ver el desenlace,  
Y bien ó mal cada uno  
En él sus papeles hace.

Al descorrer el telon  
En el primer acto, se nace;  
Y hacia un objeto ignorado  
Con pena se va adelante.

Al segundo acto la vida  
Comienza á desarrollarse,  
Al tercero, arrebatado  
De embriaguez delirante,

Por el mundo y el amor  
Locuras el hombre hace,  
Que para después disgustos,  
Remordimientos le atraen.

Va de placeres cansado  
En el cuarto, los afanes  
Del orgullo y la ambicion  
Y avaricia le combaten.

Llega el quinto, y la vejez  
De arrugas marca el semblante,  
Y los lazos de la vida  
Cada día, cada instante  
Insensible corta el tiempo  
Sin que á detenerle alcancen  
Ni el saber, ni las riquezas,  
Ni las altas dignidades.

Aun el hombre piensa y habla....  
Pero muere.... el telon cae,  
Que del drama de la vida  
Es la muerte el desenlace!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

### HOMBRES CÉLEBRES.

#### NICOLÁS POUSINO.

Hace pocos días hemos entretenido á nuestras amables lectoras con las aventuras de Benvenuto Cellini. Hoy vamos á hablarlas de otro de esos hombres grandes que de cuando en cuando envía Dios para adelante de las artes.

Nicolás Pousino nació en 1494, en Andelys, Normandía, de una familia noble pero pobre. Manifestó muy temprano su afición á la pintura, y comenzó á estudiar bajo medianos maestros. Los hombres de genio se forman á sí propios. Pousino trabajó con ardor. Sus progresos fueron tan rápidos, su mérito se hizo conocer tan prontamente, que su fama era ya grande cuando marchó para Italia. En Roma contrajo íntima amistad con el caballero Marino, célebre por su poema de Adonis, y éste le inspiró afición á la lectura de los poetas antiguos y modernos, de cuya lectura el Pousino supo aprovechar mucho para sus composiciones. Después de la muerte de su amigo, Pousino para subsistir se vió obligado á vender á bajo precio las obras que

habia hecho. Esta circunstancia en lugar de debilitar su valor, lo aumentó y trabajó con mas ardor. Deseoso sin cesar de adquirir nuevos conocimientos, aprendió la geometría, la perspectiva, la arquitectura, y la anatomía. La perfección que estas artes dieron á todos los asuntos de sus cuadros, prueba cuanto y cuan necesario es el estudio de estas ciencias para el pintor. Su conversacion, sus lecturas y sus paseos, eran ordinariamente provechosos á su profesion. Después de haber visto la cabeza del Padre Eterno pintada por Miguel Angel en la capilla Sixtina, se sintió animado Rafael del fuego sagrado. El arte, pues, debió al genio de Miguel Angel el hermoso genio de Rafael, y tal vez al mérito de éste debemos nosotros todo el mérito del Pousino. Estudió en Roma las estatuas antiguas, los cuadros de los grandes maestros, los frescos de Rafael. Rafael elevaba su imaginacion hasta los cielos, y sacrificaba á las Gracias: Pousino, profundo pensador, meditaba sin cesar; y no se detenía sino en lo positivo: Rafael ha pintado como hombre de genio: Pousino como un matemático. La mayor parte de sus cuadros han sido hechos en Italia, donde vivió de su talento bajo la proteccion del cardenal Barberini, mas feliz y mas grande cien veces en su miseria que



Cárlos Lebrun rodeado de artistas, sus esclavos, y honrado con los favores de Luis XIV.

El Pousino antes de pintar observaba á los hombres en particular en todas las clases de la sociedad; escuchaba sus discursos, examinaba su fisonomía y sus gestos; volvía á su taller y dibujaba de memoria lo que habia aprendido en la naturaleza. Lo que el Pousino estudió está firmemente expresado en sus cuadros, y en aquel sobre todo en que ha representado al general lacedemonio *Eudemidas en el lecho de la muerte dictando sus últimas voluntades*. Nada mas sencillo en el conjunto que aquella hermosa obra de su composicion; nada mas sublime en sus detalles. En Roma el Pousino se hizo el amigo íntimo del Dominiquino, cuyo triste destino compadecía, y al que prodigaba los mas afectuosos consuelos. Al taller de aquel gran pintor iba á dibujar el desnudo. Este defendió su admirable obra de *La comunión de San Gerónimo* contra las envidiosas declamaciones de los Lanfrack, los Spadas, los Riveras, y otros pintores bajamente envidiosos de su gloria. Toda la vida del Pousino parece probar que para ser un grande artista es mas necesaria la fuerza de carácter tal vez, que la elevacion del genio. El Pousino mas ocupado de la verdadera gloria que de los medios, de las cábalas y la intriga que se oponian á él, y ademas mas generoso que modesto, dejó á sus enemigos que gozasen en paz de su funesto triunfo, y pasó á Italia con la esperanza de llegar allí á una perfeccion de que se creia aun muy distante, siendo, sin embargo, muy superior á sus antagonistas; pero no abandonó la Francia, su tierra natal, sin llevar la esperanza de volver un dia á ella, y consagrarla las producciones de un talento cuyo cultivo hacia el encanto de su vida.

Pousino trabajó y estudió largo tiempo en el silencio y en el retiro. Se hallaba en la flor de la edad cuando vió que los romanos se ocupaban de admirar sus producciones y de envanecerse de poseerle en su ciudad. Bien pronto sus cuadros atrajeron las miradas, aunque colocados al lado de aquellos de los mas grandes maestros, y los conocedores se apresuraron á concurrir á su taller para admirarlos; empero nuestro sabio artista no se dejaba embriagar por los mas lisonjeros elogios. Respondia á los que se los dirigian: á la naturaleza debo mi talento, por consiguiente, temblando trazo mis asuntos sobre el lienzo, y cuando reproduzco mi pensamiento en mi taller miro atrás, veo á mis ilustres predecesores, y supongo siempre que la posteridad sentada á mi lado juzga de antemano mis composiciones.

La fama de un pintor tan prontamente admirado en Roma no podia menos de correr hasta la capital de Francia, testigo de sus primeros ensayos. Luis XIII le nombró su primer pintor, y le llamó á su capital: pero el recuerdo de los disgustos que habia sufrido en París, el temor de ser objeto de las rencorosas intrigas de sus numerosos rivales, le hicieron vacilar y no quiso abandonar á Roma sino despues que el rey le escribió una y dos veces, asegurándole su proteccion, y entonces fué cuando, en 1640, el Pousino volvió á ver la Francia. Pousino fué muy distinguido de su soberano, festejado de todos los grandes señores de París; empero lo que el Pousino temió no dejó de suceder: suscitó la envidia contra él numerosos rivales. El Pousino era un filósofo únicamente entregado al amor de su arte; pero aquella turba tan ignorante como orgullosa de rivales, se

agitó de tal modo, que á pesar del rey, del primer ministro, y todo, Pousino, lleno de disgustos, se vió obligado por segunda vez á abandonar la Francia, é ir á terminar sus dias en Roma, la cuna de su gloria.

Habia llegado á París á fin de 1640: salió de él en setiembre de 1642. Durante su permanencia en Francia hizo grandes obras que hoy son el orgullo y el adorno de la galería del Louvre.

Despues de la muerte de Luis XIII, Pousino conservó en tiempo de Luis XIV el título y el sueldo de pintor del rey, aun residiendo en Roma, é hizo diversas obras que mandó á Francia.

El Pousino trabajando sin cesar vivió á lo filósofo. Su casa se hallaba montada sobre el tono mas modesto. Un dia que acompañaba él mismo con el velon en la mano al cardenal Manzini, aquel prelado no pudo menos de decirle:

—Os compadezco mucho, señor Pousino, por no tener un solo criado

—Y yo, respondió Pousino, os compadezco mucho mas, monseñor, de que tengais un gran número de ellos.

Nicolás Pousino fué elevado en su genio. Se perfeccionó en Roma, donde le llamaban el genio de los hombres de talento, y podía llamársele también el genio de los hombres de gusto. Era en su época el mas grande genio de Europa. Llamado de Roma á París, cedió á la envidia y á las cábalas, y se retiró de nuevo á Roma donde vivió pobre y contento. Esto es lo que ha sucedido á mas de un artista. Su filosofía le hizo muy superior á su fortuna. Sus largos trabajos habian debilitado su salud, sintiéndola declinar de dia en dia. Trabajando en un cuadro que representaba *La Samaritana conversando con Jesus*, se sintió de repente como anonadado. Dejó prontamente sus pinceles, y tomando la pluma se puso inmediatamente á escribir su testamento.

No queria el grande artista que sus economías le sirviesen para erigirle un sepulcro privilegiado; no pretendió que su nombre fuese leído en letras de oro sobre el mármol de un refectorio ó de un edificio público. Escribió desde Roma á su amigo Mr. de Chanteloup, para el que estaba haciendo el cuadro de *Jesus y la Samaritana*:

«Amigo mio, os suplico que no os asombreis si hace tanto tiempo que no he tenido el honor de daros noticias mias. Cuando conozcais la causa de mi silencio no solamente me disculpareis, sino que tendreis compasion de mis miserias. Despues de haber estado nueve meses en cama mi buena muger enferma de una tos y de una fiebre que lá ha consumido hasta los huesos, acabo de perderla cuando mas necesidad tenia de su socorro. Su muerte me deja solo, cargado de años, paralítico, lleno de enfermedades de todas clases, estrangero, y sin amigos; porque en esta ciudad de Roma no se encuentran! ¡Ved el estado á que me encuentro reducido: podeis imaginaros cuán afflictivo es! Me predicán la paciencia, que dicen es el remedio de todos los males: la tomo como una medicina que no cuesta cara pero que tampoco cura nada.

«Viéndome en semejante estado, en el cual no puedo durar largo tiempo, he querido disponerme á la partida. He hecho para esto un corto testamento por el que dejo mas de diez mil escudos á mis parientes pobres que habitan en Andelys. Son gentes groseras é ignorantes que teniendo despues de mi muerte que recibir esta suma, tendrán



gran necesidad para que llegue á sus manos este socorro de una persona benévola y caritativa. En esta necesidad os suplico les ayudeis, les aconsejéis, y los tomeis bajo vuestra protección á fin de que no sean ni engañados ni robados. Irán á buscaros humildemente, y yo me tranquilizo por la experiencia que tengo de vuestra bondad, de que haréis voluntariamente por ellos lo que habeis hecho por nuestro pobre Pousino durante el espacio de veinte y cinco años.—POUSINO.»

¡Cuán interesantes, cuán bondadosos sentimientos de alma respiran estas líneas trazadas por una mano desfalleciente! Aquel hombre de bien, en medio de sus dolores, conserva el recuerdo de sus parientes pobres é ignorados. El espíritu de familia sobrepuja á los esfuerzos de la enfermedad, y le permite dirigir su última mirada á su querida aldea de Andelys! Cuando la pérdida de una querida esposa, después de una larga enfermedad le permite la libre disposición de una suma adquirida con tan nobles trabajos, es á su aldea donde transporta su voluntad, pero la sigue con una gracia noble para que llegue á su santo destino. Digno testamento de un artista como el Pousino, que se había penetrado profundamente de la confianza de un antiguo griego legando á sus amigos, su viuda y su hija indigentes, para hacerles creer que en semejante ocasión habría tenido el mismo lenguaje.

cuadro del *Diluvio*, que en sus *Cuatro estaciones* tiene el título de *Invierno*, y este prodigio del arte, que se halla también en el Museo, fué su testamento de gloria.

A los grandes talentos de la pintura, del arte de escribir, y de la escultura, Pousino reunía grandes virtudes morales y domésticas. Reconocido á los cuidados que había recibido en una larga enfermedad de un cierto Dughet, parisiense establecido en Roma, se casó con su hija y tuvo por discípulo á Gaspar Dughet, su hijo, que se consagró á la pintura y sobresalió en el paisaje, y que por reconocimiento á su ilustre maestro añadió el nombre de Pousino al de Gaspar, siendo conocido en lo sucesivo bajo el de Gaspar Pousino.

Atacado Pousino de dos accidentes de parálisis, no sobrevivió al tercero. Cesó de vivir á los setenta y un años de su edad el de 1665. La noticia de su muerte se extendió rápidamente por Roma. Los aficionados y los artistas se agolparon alrededor de su tumba para tributar homenajes á su persona, y llorar la pérdida que acababan de sufrir las artes. Todos los poetas de Italia pulsaron sus liras, y con elegías fúnebres lloraron de comun acuerdo aquella irreparable pérdida. Nicolás Pousino era un grande artista; era el Rafael de los tiempos modernos, y sus obras son el orgullo del arte!!!!...

Presentamos á nuestros lectores á Nicolás Pousino es-



Nicolas Pousino escribiendo su testamento.

En efecto, el mal que había sentido el Pousino al tener que dejar los pinceles ante el cuadro de Jesús y la Samaritana, era la parálisis. En aquel estado el Pousino no pintaba sino raras veces: su mano temblorosa no respondía ya á la actividad de su genio al emprender terminar las *Cuatro estaciones* que se hallan en el museo de París, y cuyo boceto había hecho antes de su enfermedad. Pousino terminó su carrera de pintor por una obra maestra; hizo su

cribiendo su testamento en que tanto resplandece el amor á la patria, de la que le habían hecho huir las intrigas de sus enemigos, y en el que tanto brilla además el espíritu de familia, esos dos principios que son origen en el corazón humano de todas las acciones grandes y generosas.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.